

## **PREGÓN A SAN LORENZO**

### **JESÚS GONZÁLEZ ARENCIBIA**

**(7-8-1971)**

No pensé nunca que un día había de pregonar, a viva voz, a San Lorenzo “santo” y a San Lorenzo “pueblo”.

Hacemos este distingo para hacer notar la costumbre que allí se tiene de llamar “santo” al Santo y San Lorenzo al pueblo. Nada más alejado de mis destinos en la vida, ya que esto de hablar no se hizo para mí. A mi manera sí lo había cantado: en ocasión lo pinté hecho una llama que se va hacia dónde va la llama, como diría Gerardo Diego. Un adolescente envuelto en rojo sobre fondo rojo. En otra, hice cartones con varias escenas de su vida, para un frustrado mural destinado a la iglesia.

Pero esto de pregonarlo de esta manera, la verdad, ni me había pasado por la mente. Y, además, creo que no me va nada. Pero lo intentaré trayéndolo a mi terreno, haciéndolo con ojos de pintor, alejándolo de la historia que se escribe y, si acaso, tocando la pequeña historia, la íntima, la que está en el recuerdo refrescado por un muro, una casa, una calle en volar de palomas; y, también, en lo oído a personajes que ya están en la otra orilla. Estos tendrán papel principal en lo que diga, sobre todo, la simpar, Rosarito; ya en su momento diré de ella y de los demás lo que les oí. Época, los años veinte, la “Belle Époque”; mientras por ahí, por esos mundos, se sufrían las consecuencias de lo que empezó en Sarajevo. Dividiré este relato en tres estampas: San Lorenzo, pueblo; San Lorenzo gente y el día del Santo.

### **SAN LORENZO PUEBLO**

En una esquina que hace la confluencia del Barranco del Pintor y el de Mascuervo, atrevidamente, pusieron al pueblo. Rogativas al santo impidieron, en ocasiones, que los barrancos, cuando corrían, se lo llevaran.

El de El Pintor llegaba a los mismos pies de la Iglesia y el de Mascuervo se remontaba, calle arriba, dejando atrás la casa mortuoria que estaba en la entrada del pueblo. No se le veía como ahora se ve. Había que estar en él, dentro de él, para enterarse de

su presencia, que era escondida, recatada. La carretera nueva, que une a Tamaraceite con el ramal del Centro, a la altura de Tafira, no existía. Era un sueño y pleito de muchos años, se llegaba a él por el camino viejo que salía de Tamaraceite, murado de estanques, lagartos, lavanderas y croar de ranas. Un ramal hacia Tenoya. Estos caminos eran verdaderos regueros de entierros de la larga jurisdicción municipal y parroquial que era. Porque San Lorenzo por este lado llegaba al mar, al Puerto, a Las Palmas, a Arucas y Teror, y su cementerio era el único que había, pequeñito, blanco, familiar y recogido. Un huerto de cruces como el de Poló, que cantara Gabriel Miró. Pero su capacidad era suficiente para las exigencias del momento. Tan sólo, según Dolores Diepa (que nació en el Año del Cólera, y a ella se lo contó su madre), se hizo pequeño en los años cincuenta del siglo pasado cuando el cólera. Pero esto de los entierros, no era contrariedad.

Daba vida al pueblo: el comercio, una sola tienda, se movía y las casamenteras exponían su mercancía; eran vistas y veían. El camino viejo se hacía largo y pesado.

La primera promesa de pueblo, más de rumor y olor a pan que de vista, era a la llegada a villa Josefa. Todos, inevitablemente, leían: "Villa Josefa", y nadie sabía en aquellas alturas, quien fue la Josefa de la villa. Siempre estaba cerrada. Tenía un breve jardín ruinoso, un resto del romántico, con estatua y fuente. Cipreses, flor de sebo, y rosales hacían una masa. Pasada la villa, a la izquierda, dos estanques reflejones de tarahales añosos con troncos retorcidos, verdaderas tallas de Juni o Berruguete. Callejón de Urquía y ya estamos en el pueblo. Tan sólo nos queda atravesar el barranco. Pero antes, al final del callejón de Urquía, ya en el barranco, nos esperaba el agua fresca del pozo de Arucas que, a la vez, era el mentidero del pueblo. La Rebeca de turno la ofrecía gustosa y adelantaba noticias del vivir y morir. Allí se reunían, se hablaba de lo divino y de lo humano, más de lo segundo que de lo primero. Atravesado el barranco, los guardianes: La Casa Mortuoria -todo un misterio digno de un alto- a la derecha. Pero tenemos prisa.

A la izquierda, un muro blanco con una gran cruz. Era el sitio donde los entierros hacían estación, en espera del Dies Irae, de incienso y de ciriales. Una calle toda blanca; pueblo limpio. Todo el pueblo son dos calles. Al final el calvario. En cada puerta un saludo, una sonrisa,

una pregunta: nadie tiene prisa, todo estaba hecho desde antes, nadie espera a nadie; paz. Un hombre gordo muy gordo, con ceñidor que más se adivinaba que se veía, sentado en la acera -siempre estaba allí-.

La plaza, la iglesia y la casa parroquial, formaban el centro, (centro que da la casualidad que no ocupa el centro material del pueblo), pues está en un extremo hacia el barranco. La plaza era acogedora y fresca con laureles y araucarias. Nadie iba allí. Era una soledad como la soledad del pueblo. La iglesia, digna y cuidada, un milagro de proporciones: tres naves, tres puertas pintadas en la fachada principal, toda blanca. La casa del cura; breve callejón empedrado lleno de verdes alocados: al fondo, gran puerta de crujierte tea con pesas, un patio de palmeras y embelesos, otro mundo. Todo silencio y recogimiento.

Don Jacinto, el párroco, se asomaba al corredor desde que oía la puerta. A un lado de la Iglesia, la casa de Rosarito, noble y artesonada; en la sala, paredes cubiertas de santos: urna con la Virgen del Rosario, coronada de plata indecisa, presidía sobre una gran cómoda, de cajones crujiertes con caliente olor a membrillo.

Todo el pueblo olía a pan. Había varias tahonas. Pan que era un rito y, hasta si se quiere se presumía justamente del buen pan. Eran famosos el de Rosario, el de Pinito la de Narciso, el de Pinito Ojeda, repartidos por la bella fornarina Feliciano. Lo portaban en cestas de pígano grandes y alargadas cubiertas por manteles blancos y tapadas en cruz. Cuando abrían los manteles aparecía el pan dorado y el aire se llenaba de su olor. Era bíblicamente dorado, como el pan de la tierra de promisión, pues no se podía ir más allá. El pan de San Lorenzo era el sueño del pan.

En conjunto el pueblo hacía muy ordenado y este orden le daba grandeza. Era importante, una olesa cualquiera de Miró. Pero algo menos levítica. Tenía aire de capital de municipio. También la gente tenía este mismo aire. Al hablar; lo hacían de una manera sonora, con voces importadas. Todo lo que decían, por la manera, tenía aire de Istra gótica. No había arrabal ni pobres. Y cuando ponían un motejo, -gracia de los pueblos-, lo hacían en grande: eran mitrados, coronados...

Pero sobre todo, se daba importancia a la palabra, para decir el Santo alargaban la primera silaba como un eco y resultaba Saaanto. Si era enfermedad, bajando la voz, la palabra se decía casi en secreto...

¡Todo allí era más importante que la realidad!

## SAN LORENZO GENTE

Cuando se llega al pueblo, sin saber por qué medios, ya todos sabían la presencia de forasteros. Puertas y ventanas se abrían al saludo. Hablemos de Rosarito. Su visita era de obligación y cuando llegábamos a su casa nos esperaba, sabía que estábamos allí.

¿Quién era Rosarito? no viene a cuento lo que importa es su manera, su imaginación, su arte de narrar, para nosotros Rosarito era el latir del pueblo; era el símbolo. Estaba fuera del tiempo, no tenía edad. Nunca fue joven, pero no se le vio vieja. Simplemente vivía. A la llegada a su casa se la veía peinando trenzas canijas con raya pronunciada. Mal andaba su pelo en abundancia, pero no en largura. Su línea de contorno era curva. Gordinflona sin llegar a gorda; grandes posaderas, y pechicaída. Cara redonda, frente amplia, un sí y no de bigote que no llegaba a la solemnidad de él. Color carminoso; acentuándola una nariz redonda y abundante. Fosas nasales muy marcadas y hoyuelos en las mejillas y la barbilla. En conjunto: ni guapa ni fea, pero agraciada y de expresión brillante. Ojos saltones. Habladora, la más. Palabra fácil sin atropello. ¡Nadie contaba las cosas como Rosarito!.

Sus sobrinas, que la admiraban, jamás interrumpían su discurso ni contaban nada en su presencia. A lo más apuntaban un recuerdo. Si la palabra no bastaba a su empeño de expresión, echaba mano a las manos. Ponía mucha mano Rosarito en el relato. La mímica en Rosarito era importantísima. Lloraba si llanto merecía el cuento. Si de agonía se trataba, ella moría y hasta dejaba caer la cabeza en el momento culminante. Pausa y a volver en sí. Si de reír se trataba, era risa luminosa, nadie reía como Rosarito. Pero lo mejor de todo eran los comentarios personales que de las cosas hacía. Al pasarlas por su tamiz eran otras. No se repetía. Varias veces le oí contar lo mismo y nunca era igual, no cansaba.

De piedad andaba flojilla, se limitaba a cumplir con los mínimos deberes: misa los festivos y comunión por Pascua Florida. Tenía un

libro de misa, en letra grande, de Villacastín. Mantilla negra, mal colocada; abanico negro movido nerviosamente y sin gracia. Oía la misa en el cancel y, como vivía cerca llevaba la silla, que era de rejilla, desde su casa. Cuando daban la bendición, ya Rosarito no estaba. Le oí decir una vez que no podía oír la misa con recogimiento, que estaba en ella y no estaba. Su pensamiento estaba en una gallina rebelde que buscaba un lugar diferente para cada huevo. Una vez le inquietó mucho un sermón que un curita del momento, muy pedantón él, dijo sobre lo finito y lo infinito. Rosarito no entendió. Tenía gracia especial para entretener a la chiquillería.

Hacía cuentos de brujas cuya protagonista era Señá Anselma que vivía en las Cuevas del Monte. De ella se decía que poseía poder para convertir la porquería de los animales en fruta fuera de tiempo, que era la admiración de quienes la visitaban y con ella adornaba la pila. Tenía mucha relación con un bando de brujas de Valsendero, - las Niñas de Valsendero-, a donde todas las noches volaba. Este vuelo lo hacía poniéndose una untera color rosa en las axilas, haciendo de los brazos alas. Millares le decía al diablo. Nunca supe el porqué de este nombre ni la relación con este apellido ilustre.

El recibimiento a Millares decía, era con unas risotadas, que ella imitaba muy bien, y con un besaculo. Tenía que ser antes de las doce de la noche. Para librar del maleficio de Millares a los chiquillos les hacía una cruz de añil en la frente. Hablaba de sus propiedades más allá de la cumbre transmitiendo una visión clara de sus ganados de pavos, vacas y cochinos. Tan clara era la visión y tan grabada se me quedó, que años más tarde, yendo de la Presa de las Niñas camino a Mogán, la primera vista del pueblo desde las alturas entre pinos, me hizo exclamar: la propiedad de Rosarito; era igual a como ella la describía. Seguro estoy que Rosarito en su vida, por ese lado del pueblo no pasó del barranco del Dragonal.

Rosarito le tenía mucho respeto a Don Jacinto. Si alguna vez le llevaba a su casa el encargo de una misa, se limpiaba las uñas antes de empujar el pesado portón. Motivos de tiempo hace que deje a Rosarito, no porque se haya agotado lo que de ella sé.

### DON JACINTO

Don Jacinto, en este momento a que me refiero, regía los destinos de la parroquia. No sé sus apellidos ni me hace falta. Con decir don Jacinto sobra.

Era enjuto, moreno. Decían que tenía la nariz aguileña, pero no era aguileña. Era una nariz afilada, grande y colgona. Caprichosamente intentaba invadir el terreno de la boca ocultándola. Boca mermada, no sé si por el mal andar de la dentadura. Barba y nariz se salían al encuentro. Recordaba la cabeza del Dante de Donatello.

En conjunto, la figura tenía nobleza.

Era hombre de pocas palabras y éstas las decía cuando iba a la iglesia, cigarro llorón en boca a Periquito el sacristán, antes de dar comienzo a los cultos. Dando el reloj la hora, tiraba el cigarro en el incensario, y decía: ¡Periquito, empezamos!.

Se quitaba la teja y entraba de la antesacristía a la sacristía. Hablaba muy bajo y los latines, casi los decía para él. A los feligreses tan sólo llegaban un débil murmullo, tenía voz de ánima bendita.

Fuera de las horas del culto casi no se le veía. No era hombre de calle. No tenía amigos ni enemigos. La amistad con Periquito era buena o menos buena. Dependía de como éste estuviera con el cura de Tamaraceite, pues no soportaba a los coadjutores.

Con el único que tenía muro por medio era con el maestro. Se decía que era masón. Rosarito, cuando hablaba de esto, se hacía la señal de la cruz. Algo de verdad había, pues cuando al señor maestro le llegó su última hora no permitió que tomara tierra cristiana en el cementerio del pueblo. Fue enterrado en el de los sin religión de Las Palmas. Lo llevaron en coche fúnebre, muchos caballos, muchas plumas.

A don Jacinto le gustaba el culto a las ánimas; lo extendía a todo el mes con gran esplendor, poniendo frente al cuadro de ánimas, que tiene altar propio, un enorme catafalco negro que llegaba casi al techo de la iglesia. Lo adornaba con calaveras y lámparas de aceite. ¡Cómo destacaban las calaveras...!

## DOLORITAS

Doloritas era mitrada. Rosarito decía de ella que era un pozo. Esto equivalía a un superlativo particular de mentirosa. Yo creo que no era mentirosa sino imaginativa, llegando a creerse lo que pensaba. Pero era buena, lo de las mentirillas no iba más allá de falta leve. Tenía un gran corazón.

Era enjuta. Harto mermada en libras. Vestía de canelo y pañuelo negro a la cabeza. Como tenía tanta imaginación ya no distinguía la verdad de lo soñado. En ocasiones le oí decir, y les aseguro que sin mudar la color, con toda naturalidad, que ella conoció a un cura que murió en el pueblo y que muchas veces le vio venir a empeñar. A las doce de la noche salía del cementerio, breviario en mano llegaba a la plaza, daba la vuelta a la iglesia y se volvía al cementerio por el callejón del barranco. Todo esto era dicho con tanta naturalidad que se dudaba de si era verdad o no.

Le llegó su fin. Poco le dio que hacer a los gusanos la piel que cubría sus huesos. Caja negra en el centro, rodeada de sus deudos, cuatro cirios de cera color subido... Un indiscreto pábilo cortado de una vela fue a parar, encendido, dentro de la caja. Nadie se dio cuenta. De repente, olor a carne quemada; olfateo a las cuatro direcciones, hecho por la cuenta de cada acompañante. Una mirada inteligente que me equivalía a la suma del olor recibido por cada una, y un grito común. Doloritas se iba quemada desde aquí. ¡Tan solo recordarlo me pone los pelos de punta!, decía cierta señora con voz importada.

### VICENTÓN

Era un Vicente muy grande. Lo más grande que se puede ser en Vicente. De ahí su nombre. Era bruto.

Un triunvirato en amistad, en ocasiones lo formaron don Jacinto, Periquito y Vicentón. Hacían veladas jugando a las cartas. Una noche, noche oscura de noviembre, después de la partida, a uno se le ocurrió hacer apuesta sobre si Vicentón era o no capaz de ir al cementerio y traer una calavera como prueba de su valentía. No dudó Vicentón. Cogió la larga llave del cementerio y allá se fue. Abrió la puerta, que pareció crujir más fuerte que otras veces; y regresó calavera en mano... La puso sobre la mesa tranquilamente. Don Jacinto y Periquito veían y no creían.

### PITA

Una señora gorda, muy gorda; la más gorda de las señoras: ¡era un mundo de gordura! Se la conocía por Pita.

Para hacer limpieza a tanta humanidad tenía que recurrir al auxilio de algún vecino. Decía Rosarito que la valdeaban.

Se la tenía por novelera: vida en ventana, que como era muy pequeña, asomaba nada más más que lo redondo de su cabeza.

Una noche, Pita, que vivía cerca de la entrada al pueblo, oyó el rodar de una tartana, a eso de las doce, que venía por el barranco. Pita, ni corta ni perezosa, salió a su encuentro. Cuando llegó sólo encontró al tartanero. Su curiosidad era tanta que se sintió defraudada. Pero no paró en seco. Se acercó al tartanero y preguntó: ¿Quién vino en la tartana? No es por nada, sino por saber...

### DÍA DEL SANTO

Era muy de ver lo que era y significaba para el pueblo la fiesta del Santo. Tanta importancia tenía que el año lo dividían en dos etapas: antes del Santo y después del Santo. Faltar a este precepto era exponerse a mucho.

Un día del santo, cierta madre daba los últimos toques de plancha a su ropa. Uno de sus hijos que jugaba con una botella de gasolina se la echó encima, se acercó al fuego y las llamas le hicieron su pasto. Murió como el Santo el día del Santo.

Una familia, no muy pía, el día del Santo lo dedicó a recoger las papas. Al día siguiente las papas aparecieron todas asadas.

En el mundo femenino, tres o cuatro meses antes del santo, ya la gente joven estaba en cuido, no dejando herirse por los rayos del sol para estar blanca en ese día. Cuando iban a lavar se forraban cara y brazos dejando fuera nada más la punta de la nariz para poder respirar. El milagro que este resguardo no hiciera, se remediaba a última hora, con los polvos "sisca" dándoles un tono gris, ligeramente amoratado. Pero no importaba, había que estar blancas. Los polvos era lo único permitido para el retoque. El colorete no estaba bien visto. Era para otras gentes. Algunas, pasándose de la raya, avivaban sus mejillas con hojas de heliotropos.

La gente del pueblo se llevaba muy bien, pero unos meses antes del Santo se dividían en bandos. Capitaneaban estos bandos los obradores de costura, que ponían por condición para ser admitidas en ellos, el mayor sigilo sobre lo que allí se hacía y decía. Un rumor sobre el color o forma del traje de fulanita hacía variar todo el proyecto. Era cosa muy seria este asunto.



En ocasión, una chica de uno de los bandos, se enteró que el traje de otra que pertenecía a otro bando era verde. Imprudentemente al perro de ésta le puso un lazo verde. Se armó un escándalo. Había que variar todo, y lo que iba a ser verde se pasó al rojo; todo esto ya con muy pocos días para el día del Santo.

Otra condición de los obradores, era que se trabajara para la dueña durante el día. Había mucha ropa que hacer y se tenía que cumplir con los encargos por encima de todo; todo tenía que ser entregado en ese día. En esto se trabajaba hasta las doce de la noche. Luego, muy a puerta cerrada, se sacaban los lujos de las niñas de la costura. Así los llamaban: los lujos. Pero si alguien, inoportunamente, tocaba a la puerta y contestaba con un paz, atropelladamente se recogía todo, se forraba y no se abría hasta estar segura la maestra de que cada una cosía en los trajes de encargo. Todo esto era tomado muy en serio. Pero las chicas sacaban también lo suyo. A cambio de esta ayuda, cada una se hacía tres trajes: uno para la función, otro para el paseo y otro para el baile en la Sociedad. Todos a cual mejor.

Decía Rosarito, refiriéndose a unas chicas, que por estas fechas se amargaban porque no encontraban zapatos a su medida: tenían el pie lomudo.

Y así cada día, noche tras noche, la fecha deseada se echaba encima. Don Jacinto cuidaba la iglesia que era un primor: albeaba y pintaba. Todo quedaba como la patena. También Pepita Celestina, Marta y María de la iglesia, no paraba. Los manteles, albas, ronquetes de ministros y acólitos parecían obra de ángeles.

Pero su especial cuidado estaba en las flores de trapo. Hacía ramos de rosas rojas, con hojas de talco, que no les faltaba detalle y los estambres, con gran ingenio, eran de fideos molidos; daban impresión de la verdad.

¡Cuánto cuidaba Pepita Celestina el adorno del Santo, prefiriendo las rosas rojas para ese día! Pero ella, un año se salió de los límites y quiso hacer algo para el sagrario. Como las cosas se pensaban de un año para otro, hizo una guirnalda de glicineas y, una mañana al levantarse, se le ocurrió matizar las flores con un lápiz de tinta para alcanzar el violeta. Quedó la guirnalda hecha una hermosura. Lo dijo don Marcelino y Pepita se sintió pagada. Lo dijo don Marcelino, bajó los ojos y sintió pudor.

Todo está a punto; nueve de agosto. La bandera roja con la palma del martirio está desde hace ocho días en el remate del campanario. Todo el pueblo obra nerviosamente. Ya las horas son contadas y aún queda mucho por hacer, la comida está atrasada. Aún viven las gallinas. Pocas quedan para contarlas. La plaza ya está llena de puestos: todo un mundo nómada de tabernas, turroneos, puestos de sandías y baratijas, fotógrafos a la minuta... etc.

Periquito, el sacristán, pone las hojas de palmera entre puerta y puerta. Ya no queda nada por hacer. La Iglesia está lista.

Por la noche empezaba la novena del Santo. No iba mucha gente en este día; el quehacer y el mucho que ver lo disculpaba. Mañana era otro día. El Santo no se enfadaba porque fueran ocho o nueve los días. Por otra parte, tenían que prepararse para ir a los fuegos, a mocear las que novio tenían y las que no, a ver si encontraban amparo sacramentándolas. Los fuegos y la música eran buenos y aunque no lo fueran no importaban. Todo se perdonaba ese día.

Amanecer del Santo. Siempre era glorioso este amanecer. Todos los caminos eran reguero de gentes. Los cuatro puntos cardinales convergían en el pueblo. La gente iba a honrar al santo San Lorenzo bendito. El Santo tenía, y tiene muchos devotos que le encomiendan sus quemaduras. Todo lo que no se curaba con agua amarilla iba a él. Nunca defraudó. Sobre todo, si tenían un poco de paciencia.

Aparece el Santo en la puerta de la iglesia. Dirige el trono don Antonio Montesdeoca. Rosarito, desde la puerta de su casa se hace la señal de la cruz, diciendo: ¡Qué hermoso está este año...! donde tenía que decir: En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Y termino con palabras de La Bruyere: *“Devuelvo al pueblo lo que el pueblo me prestó. Tomo de él la materia de este relato, y, habiéndola concluido con todo el respeto a la verdad de que soy capaz y que él me merece, es justo que le haga esta restitución”*.